

Entre el deseo y la desidia: la suspensión del tiempo en la vejez

María José CARRILLO LINARES

Universidad de Huelva
mlinares@uhu.es

RESUMEN

En el poema titulado «El tiempo» Luis Cernuda describe su infancia como “horas inmóviles, suspensas en el aire” y con estas mismas palabras podríamos describir la vejez en cuanto a la percepción del tiempo se refiere. La percepción del tiempo es un hecho subjetivo que depende de factores múltiples y que en las distintas etapas de la vida del hombre varía de forma significativa. El fluir del tiempo, que es desconocido para el niño, es la conocida arma mortal para el anciano. El anciano, aun cuando percibe el tiempo detenido, suspenso en el aire, se mueve paradójicamente entre el deseo de detener el tiempo, de parar la muerte, y la desidia que produce el tiempo detenido. En la recreación cinematográfica de la obra de Malory *La Mort d'Artur* llevada a cabo por J. Boorman en 1981 con la película *Excalibur*, el tiempo se detiene para diversos personajes centrales de la leyenda artúrica. En las figuras de Arturo, Ginebra, Merlín y Morgana se materializa la inmovilización temporal en sus múltiples variantes, variantes que se mueven entre el deseo y la desidia y que culminan con la muerte.

Palabras clave: universo artúrico, percepción del tiempo, vejez.

ABSTRACT

Luis Cernuda, in his poem «El tiempo» describes his childhood as “horas inmóviles, suspensas en el aire”, and with those same words we could define old age as much as time perception is concerned. Time perception is subjective, and it depends on various factors. Along the life of an individual it varies significantly. Time flowing, being unknown for a child, becomes the well-known mortal weapon for an old one. The old one, even though he may perceived time as ‘suspended in the air’, moves paradoxically between the desire of suspending time, of stopping death, and the ‘indolence’ produced by time suspended. In the cinematographic production of Malory’s *La Mort d’Artur* carried out in 1981 by J. Boorman with his film *Excalibur*, time is suspended for several central characters of the Arthurian legend. In

Arthur, Guinevere, Merlin and Morgana time suspension is materialized in various ways, ways that move between the 'desire' and the 'indolence' and which culminate in death.

Key words: Arthurian universe, time perception, old age.

En el poema titulado *El tiempo* Luis Cernuda describe su infancia como "horas inmóviles, suspensas en el aire" y con estas mismas palabras podríamos describir la vejez en cuanto a la percepción del tiempo se refiere. El sistema de referencia temporal es una estructura perfectamente codificada que nos sitúa en un mundo organizado a través de ciertas coordenadas, que establecen unas líneas divisorias arbitrarias pero iguales para todos. Sin embargo, y a pesar de la codificación perfecta del sistema de referencia temporal, la percepción del tiempo es un hecho subjetivo que depende de factores múltiples y que, en las distintas etapas de la vida del hombre, varía de forma significativa. El fluir del tiempo, que es desconocido para el niño, es la conocida arma mortal para el anciano.

En cuanto a la percepción del tiempo se refiere, el anciano se mueve paradójicamente entre el deseo de suspender el tiempo y la desidia que produce el tiempo suspendido. Deseo y desidia comparten un origen común. Ambas provienen del latín clásico *desidia*, *-ae* cuyo significado primitivo fue 'pereza o indolencia'. Ya en la antigüedad tomó el significado de 'libertinaje o voluptuosidad' entroncando el sentido de 'ociosidad' con el de 'incentivo para la lujuria', que posteriormente derivaría en el sentido de 'deseo erótico' que tenía el término latino *desidium*, *-i* del cual deriva el actual 'deseo'. Estos dos términos no parecen coincidir en su significado en la actualidad, e incluso podría parecer que sus usos en un mismo contexto serían excluyentes. El deseo es, en principio, un concepto opuesto a la idea de desidia.

Detener o suspender el tiempo significa parar el proceso que nos conduce a la muerte, congelar el deterioro físico y psíquico, o preservar la integridad moral. En definitiva, es el deseo de preservar la realidad inalterada de forma que se pueda anular su fecha de caducidad. Jean Améry insinúa esta idea cuando afirma que la expresión "Un minuto todavía, señor verdugo [...] es expresión del mismo trágico error que nos lleva a pensar que suspender equivale a anular" (1977: 141-142). Además señala que la idea de tiempo es percibida tan sólo por aquel que envejece. El tiempo detenido tiene, sin embargo, una cara oculta: el sentimiento de monotonía, el aburrimiento, la indiferencia, o el pesimismo; en definitiva, un sentimiento de desidia hacia el entorno cercano que en el mejor de los casos provoca el deseo de que el tiempo fluya, aún a sabiendas de que ese fluir conduce directamente a la muerte y en el peor de ellos es, como nos dice Giorgio Agamben "un male mortale [...] la malattia mortale per eccellenza" y añade citando a Kierkegaard "la disperazione che è consapevole di essere disperazione" (1977: 10). Suspender el tiempo es un intento de parar la muerte, pero el tiempo detenido nos acerca inevitablemente a esa muerte. Esta percepción o conciencia del tiempo es común en personas de edad avanzada, sin obligaciones rutinarias, con escasa participación social y con conciencia del deterioro físico o mental. Ocurre cuando el mundo no concede ya al anciano el crédito del futuro, cuando el sujeto se convierte en un ser sin potencialidad. En palabras de Jean Améry "Nuestra anulación social en la vejez es un hecho deci-

dido, nos llamemos Sartre o señor X [...]. Nuestro ‘yo’ social ya se nos ha dado, por mucho que en horas solitarias tendamos a cuidar amorosamente un ficticio ‘yo auténtico’” (1977: 89). La paradoja en la percepción del tiempo en la vejez se basa en la dualidad que proviene del propio individuo y su entorno: lo que se detiene es el mundo interior del anciano mientras que el mundo exterior cambia a una velocidad vertiginosa a la que éste no puede adecuarse. Es, al mismo tiempo, un intento de adecuación de dos realidades que fluyen con ritmos distintos: la conciencia individual y el imaginario colectivo.

De la misma forma que el hecho de la percepción del tiempo varía en las distintas etapas y situaciones de la vida del hombre, la concepción del tiempo ha variado a lo largo de la historia de la humanidad. Los avances científicos relacionados con la medición del tiempo han conducido a la concepción colectiva moderna de la idea de tiempo. Nuestra concepción y la que tenían en la edad media probablemente distan mucho entre sí. En la sociedad moderna, el tiempo y el uso que se haga de él es primordial, principalmente porque hemos adquirido la conciencia del fluir de éste a través de la medición continua. Los relojes, o la existencia del cronómetro que rompe el tiempo en instantes prácticamente inapreciables marcan nuestra rutina diaria. Al mismo tiempo, nos hemos más conscientes del carácter global de nuestra existencia dentro de un marco temporal, o lo que es lo mismo hemos adquirido conciencia histórica. Agamben señala que “Every conception of history is inevitably accompanied by a certain experience of time which is implicit in it, conditions it and thereby has to be elucidated. Similarly, every culture is first and foremost a particular experience of time, and no new culture is possible without an alteration in this experience” (1993: 91).

La producción literaria tiene inevitablemente que reflejar el cambio en la apreciación de la realidad temporal. El tiempo narrativo es radicalmente distinto en la obra medieval y en la moderna. El tiempo fluye en la novela igual que en la percepción que de ello hacemos en la vida. La secuencia temporal en la novela moderna se basa en el modelo del tiempo de vida de los individuos. La distorsión del tiempo, el tiempo roto o discontinuo, son síntomas de distorsión en la percepción que también se dan indiscutiblemente en la novela moderna, sin embargo, cualquier distorsión de la secuencia temporal es un acto consciente por parte del autor. Esto marca una diferencia con las manifestaciones literarias medievales, en las que en muchas ocasiones los eventos aparecen aislados sin conexión temporal clara entre ellos. La obra medieval tiende, de este modo, a tener un carácter más episódico. Este es el caso de la obra de Malory *La Muerte de Arturo*. Se trata de una narración episódica pero no lineal desde el punto de vista cronológico. La unidad de la obra es más temática que temporal; el autor conscientemente detiene las acciones para dar paso a la narración de otra aventura, a modo de digresión, y para volver más tarde a retomar la acción en el punto donde se había detenido, o simplemente abandonar el relato de la acción primera. La obra carece de unidad argumental, principalmente, porque la percepción temporal y secuencial del autor es esencialmente episódica; no existe una visión global del esquema espacio-temporal donde se desarrolla la acción.

En la recreación cinematográfica de la obra de Malory llevada a la pantalla en 1981 por John Boorman con la película *Excalibur*, el argumento se desarrolla a partir de una línea principalmente cronológica, desde antes de que Arturo fuese engen-

drado, y los acontecimientos que llevaron a su procreación, hasta la muerte de éste. Las aventuras y circunstancias que se narran entre estos dos hechos, están igualmente secuenciadas e hilvanadas temáticamente de acuerdo con una secuencia temporal que imita a la secuencia de la vida de los individuos. El tiempo narrativo se adecua a la idea moderna de temporalización, y de historización. Existe por lo tanto una coherencia temporal inexistente en la obra original.

En general, la distorsión del tiempo, el tiempo roto o discontinuo, son síntomas de distorsión en la percepción como consecuencia de enfermedades mentales o de la acción de fármacos, aunque también ocurre en distintas etapas de la vida del hombre, sin que sea síntoma de falta de lucidez mental. Ocurre tanto en las etapas de la infancia como en la vejez. El niño pequeño no diferencia entre hoy, ayer y mañana y percibe el paso de las horas de forma muy lenta. El anciano tiende a percibir el tiempo de forma similar a la del niño, de nuevo en palabras de Luis Cernuda como “horas inmóviles, suspensas en el aire”. Las referencias a la inmovilización del tiempo y al fluir de éste son continuas a lo largo del film al que hacemos alusión, del mismo modo que se establece una relación entre las edades del hombre y la historia del universo artúrico. Merlín nos dice que “Excalibur fue forjada cuando el mundo era joven” y en la vejez del universo artúrico encontramos que Excalibur permanece oculta e inactiva, custodiada por Ginebra en un convento. Su acción también está paralizada en la infancia del universo artúrico cuando permanece hundida en la piedra. Hambres, guerras, plagas, búsquedas interminables y la carencia de un líder simbolizan el tiempo que no fluye, y representan el sufrimiento, la desolación y el abatimiento, la monotonía o la desidia. En la niñez del universo artúrico, sin embargo la detención del tiempo no es más que la antesala de espera de la vida y la regeneración; cuando el tiempo comienza a fluir con mayor velocidad después de la infancia nos encontramos ante la madurez que supone la conciencia del tiempo. La infancia acaba cuando el tiempo empieza a existir, la vejez comienza cuando el tiempo deja de existir. En la vejez del universo artúrico el tiempo detenido no es más que la antesala de espera de la muerte. El tiempo, definido en términos de experiencia, conduce en la infancia hacia la idea de ‘expectativa’ mientras que en la vejez se refleja en la idea del ‘recuerdo’. Las aspiraciones en la niñez y en la vejez en cuanto al tiempo no coinciden en la medida en que el anciano, aún cuando percibe el tiempo detenido, suspenso en el aire, se mueve entre el deseo de detener el tiempo, de parar la muerte, y la desidia que produce el tiempo detenido. Boorman nos traslada esta idea mediante la paralización temporal de diversos personajes centrales de la leyenda artúrica. En las figuras de Arturo, Ginebra, Merlín y Morgana se materializa la inmovilización temporal en sus múltiples variantes, variantes que se mueven entre el deseo y la desidia y que culminan con la muerte. Nos dice María Zambrano que una suspensión parecida se produce en los sueños cuando “el Yo no tiene lugar alguno donde insertarse. Se siente muerto, o más exactamente alejado del área de la vida... inmóvil” [...] “siempre que una realidad llena la conciencia y obtura el paso del tiempo, la conciencia está abismada, el Yo no encuentra su sede y, duren lo que duren, tales estados son vividos en la atemporalidad de los sueños” (1992: 94-95).

Excalibur, “espada de reyes en el correr del tiempo” no es más que la prolongación del rey, en la medida en que representa la materialización de unos ideales, y por lo tanto su ausencia y su presencia corre paralela a la caracterización de Artu-

ro. El engaño y la decepción, la pérdida de la ilusión y de los valores morales, en definitiva, la acumulación de experiencias envejece y el resultado de esta acumulación de experiencias potencia en gran medida los síntomas de la vejez que encontramos en la figura del rey Arturo. Se nos presenta como un rey enfermo, que busca respuestas a los misterios de su existencia de difícil resolución, y cuya imagen es la de la más pura desidia, hastiado del mundo y abatido. La relación de la vejez con la enfermedad ha sido constante a lo largo de la historia. Dentro del grupo de autores clásicos Séneca definió la vejez como una enfermedad incurable; Galeno afirmó que es un estado donde la salud de una persona es incompleta debido a la falta de vitalidad, y Aristóteles pensó que la enfermedad es una vejez adquirida y la vejez una enfermedad natural pues algunas enfermedades producen los mismos efectos que la vejez. El momento crítico se representa en el instante en que a Arturo le cae un rayo y alguien pregunta “¿está muerto?” La respuesta que sigue es “no, vive”, pero esta respuesta se da casi sin convencimiento. Arturo tiene constantes vitales pero ¿vive realmente? A partir de este momento Arturo aparece sentado en su trono instando a sus caballeros a que busquen la respuesta que él no es capaz de encontrar. Mientras éstos se embarcan en la búsqueda, el tiempo se suspende para él, que se mantiene en la más inoperante inactividad durante un largo periodo, de forma que su mundo interior queda paralizado. El paso del tiempo se refleja tan sólo en la imagen de su deterioro físico. Le vemos envejecer a la vez que percibimos el paso del tiempo en el estado de las armaduras de los caballeros, que partieron brillantes e impolutos, y que van apareciendo mohosas y sin lustre en la sucesión de imágenes.

Para Merlín, a su vez, también llega el momento en el que el tiempo se detiene, aun siendo el personaje más ajeno al tiempo de la historia, ya que por sus palabras sabemos que lleva “recorriendo su camino desde el albor de los tiempos” y es capaz de jugar con la idea de la temporalidad, de hacer que “el futuro se siembre en el presente” o de “permanecer dormido durante siete lunas.” El tiempo se detiene para él cuando Morgana logra engañarle para que le muestre los secretos de su conocimiento, y ésta le atrapa en una cripta de hielo. Su aspecto de congelación permanentemente, a modo de hibernación, es un claro símbolo del cese en el fluir del tiempo sobre las cosas, que se muestran con una apariencia inalterada. Para Merlín el tiempo se detiene a pesar de su voluntad aunque en palabras de Morgana, Merlín “se atrapa a sí mismo.” Su inmovilización es la consecuencia de su confianza, de su excesiva seguridad en sí mismo; esto le hace creer que su posición con respecto al conocimiento es la de ser un receptáculo inmovilista y no un mero transmisor de éste. El conocimiento que representa Merlín es el conocimiento acumulado a lo largo de la vida. El tiempo detenido, la imagen congelada del conocimiento, es el equivalente al fantasma del deterioro mental en la vejez, a la incapacidad de comprender, identificar y ordenar el conocimiento y conseguir que avance en la misma dirección que lo ha hecho en el curso de la vida. Merlín es consciente del valor del conocimiento; en el momento de la unificación sus palabras nos recuerdan la tragedia del anciano con respecto a esto cuando dice: “recordadlo, regocijaos en este momento, desgraciadamente la perdición del hombre es el olvido.”

Ginebra es la figura representativa de los pecados del cuerpo y del espíritu. Galván, haciendo alusión a Ginebra, señala que en el tiempo de prosperidad “siempre se oculta el mal donde menos puede sospecharse.” El tiempo se suspende igualmen-

te para ella en el mismo momento en que se detiene para el resto de los personajes. Ginebra decide voluntariamente recluirse en un convento, lugar por excelencia donde el tiempo no fluye. Su reclusión voluntaria, su suspensión en el tiempo, es la consecuencia de su deseo de redención, concepto cristiano que se sustenta en la idea del tiempo para rectificar nuestras acciones con el objetivo de alcanzar la salvación. El tiempo detenido compensará de este modo el tiempo empleado de forma censurable. La paralización del tiempo en el contexto de un convento es simbólica igualmente, puesto que refleja la idea de castidad que se contrapone a la de infidelidad conyugal que ha llevado al personaje a la crisis. Al igual que en los casos anteriores, la idea de castidad es otro de los elementos con los que se tiende a asociar a la vejez desde la perspectiva de una óptica conservadora. Por último Morgana, representa el deseo más consciente de la suspensión del tiempo. En ella el tiempo se detiene a nivel corporal, ya que no se produce el deterioro físico natural e inherente al ser humano. Morgana se mantiene joven y bella a pesar del paso de los años. El correr del tiempo se aprecia a través de la superposición de imágenes de Morgana y Morded, primero un niño y al instante siguiente un hombre joven, mientras que la imagen de Morgana no se altera, e incluso viste las mismas ropas. La incorrupción del cuerpo, el deseo de mantenerlo inalterado en la medida de lo posible, de conservar la belleza y las capacidades físicas y fisiológicas propias de la juventud, van unidas al deseo e instinto sexual que no se pierde con la vejez, sino que muy al contrario, se mantiene vivo para perpetuar la afirmación del yo como señala Simone de Beauvoir cuando afirma que: “puisque dans l'étreinte amoureuse le sujet se fait exister comme corps fascinant, il a une certaine relation narcissique avec soi-même. Ses qualités viriles ou féminines sont affirmées, reconnues: il se sent valorisé” (1970: 338). Este instinto es el que representa Morgana, que es por lo tanto uno de los extremos del binomio deseo-desidia que supone la idea del tiempo en la vejez; el otro está representado por Arturo. Ambos son respectivamente ese deseo de que el tiempo no pase, pues este fluir nos acerca peligrosamente a la muerte, y la desidia que provocan las horas vacías que nos recuerdan que después de la vida no hay nada. El deseo va unido a la voluntad, la desidia a la falta de ésta. Entre el más puro deseo y la más pura desidia en cuanto al tiempo se refiere, encontramos a los personajes de Merlín y Ginebra, que igualmente representan ideas asociadas a la vejez cuando sus mundos se paralizan, pero que se mueven entre los dos polos acercándose más a uno o a otro tan sólo, en tanto en cuanto sus inmovilizaciones temporales son voluntarias o no.

Lo que se opone al concepto de conocimiento, a la acumulación de experiencias vividas, a los pecados del cuerpo y del espíritu, y al deterioro físico viene encarnado por la idea de ‘inocencia’, que se representa, tanto en la obra original como en el film, en la figura de Perceval. Este personaje simboliza la pureza y con ella la esperanza en el futuro. Perceval permanece joven a pesar del paso del tiempo en la medida en que no pierde la fe, no se corrompe por la acumulación de experiencias. El tiempo no corre para él; se detiene al igual que se detiene para el resto de los personajes, pero la implicación en este caso es diferente. Perceval es el eterno joven, el individuo sin posesiones y sin ataduras que corrompan su esencia, más un ideal que una realidad pero que supone el contrapunto a la imagen de la decadencia. Las manifestaciones de la vejez encarnadas por los personajes principales, esto es, el pesimismo o desidia, la merma de las facultades mentales, la castidad y el deseo,

son el reflejo de la vejez del universo artúrico, de la decadencia y el fin de una civilización, de una era, del fin del tiempo heroico que dará paso al tiempo de los hombres. Esta decadencia se explicita en el film con la metáfora de la suspensión del tiempo, asociando ésta con los procesos perceptivos y las implicaciones psicológicas que estos procesos conllevan. El carácter onírico de ciertas secuencias del film no hace sino añadir el sabor de la atemporalidad con la que comienza la muerte. O en palabras de Cernuda “Quiero, con afán soñoliento, gozar de la muerte más leve [...]. Sin despertar, sin acordarme [...]” (1989: 171).

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, G., *Stanze, La parola e il fantasma nella cultura occidentale*. Turín: Giulio Einaudi 1977.
- AGAMBEN, G., *Infancy and History: Essays on the Destruction of Experience*. Londres / Nueva York: Verso 1993.
- AMÉRY, J., *Reuelta y Resignación. Sobre el envejecimiento*. 1977.
- BEAUVOIR, S., *La Vieillesse*. Mayenne: Gallimard 1970.
- BOORMAN, J., *Excalibur*. Warner Bros. 1981.
- CERNUDA, L., *La realidad y el deseo*. Madrid: Castalia 1989.
- MEYERHOFF, H., *Time in Literature*. Berkeley / Los Ángeles: University of California Press 1960.
- ZAMBRANO, M., *Los sueños y el tiempo*. Madrid: Siruela 1992.